HIJOS DEL FUEGO, HEREDEROS DEL HIELO

@Aimara_18

1

LA LEYENDA ERA REALIDAD

ELWINDA

Elwinda avanzaba por las entrañas de las "Montañas lúgubres". Las razones que la habían llevado hasta allí eran infinitas. Quizá su curiosidad, soledad o necesidad de experimentar influyeran. Ella disfrutaba de meter sus manos en materia desconocida y esa ocasión era perfecta para hacerlo. Todos hablaban sobre ese siniestro lugar al que pocos sobrevivían, una serie de túneles cavernosos conectados donde moraban monstruos enormes. Estos pasadizos desembocaban en un sitio repleto de animales, plantas y árboles extraños. Mientras avanzaba, Elwinda podía ver reptiles diminutos con colores brillantes en sus lomos que huían de la luz de su magia, el tornasol de escarabajos entre las grietas o mariposas con hilos luminosos entretejidos en sus alas. A lo largo del camino había otras criaturas luminiscentes que dejaban ligeros destellos a su paso, también minerales desconocidos de los cuales tomaba muestras para estudiar a fondo.

Los monstruos enormes en realidad eran arañas o serpientes cuyo tamaño equivalía a una evidente ausencia de depredadores. El

objetivo de Elwinda era llegar a los árboles que crecían en el centro. Esperaba que fueran como las ilustraciones del libro que cargaba en su morral: ejemplares enormes con troncos gruesos y semillas pendiendo de sus ramas, necesarias para avanzar con su proyecto. "Árboles de sangre", una especie mágica cuyo nombre estaba directamente relacionado con los espíritus guardianes en torno a ellos y no al color de sus hojas como cabría esperar, ya que ante un mínimo rasguño al árbol, el agresor moría en manos de los espíritus y su sangre regaba las raíces. Una leyenda, hasta comprobarla con sus propios ojos.

El túnel oscuro que recorría le daba una sensación de atemporalidad. El aire empezaba a escasear, haciendo trabajar sus pulmones. Era una lucha constante entre su cuerpo y sus pensamientos para evitar retroceder, porque ya no había tiempo de rendirse.

Nadie sabría decir cuánto recorrió antes de ver una luz al final del camino. Apresuró el paso, atenta a los alrededores. Pronto comprobó que en el corazón de la montaña la vida bullía. Desde esa distancia vio vegetación, el sonido de una corriente acuática llegó hasta sus oídos con una musicalidad mágica. Elwinda fue hacia una pared y acarició un musgo verde brillante que crecía en algunas zonas. Luego recorrió el último tramo, lista para adentrarse en un paisaje de ensueño: vegetación abundante de diferentes tonalidades, minerales brillantes entre grietas en la roca, setas enormes con formas extrañas, nubes de insectos huyendo de pájaros con plumajes jamás vistos.

Los árboles, inconfundibles, extendían sus ramas hacia un techo donde rayos solares entraban oblicuamente a través de agujeros y derramaban destellos sobre un río. Elwinda sacó el libro destartalado del morral, lo abrió para comparar las ilustraciones con la realidad. El autor había acertado en varios detalles. Desde aquel entonces, algunos ejemplares alcanzaron proporciones enormes.

Intentó buscar el ángulo utilizado por el ilustrador, pero no lo encontró.

Inspeccionó la zona. Necesitaba un árbol pequeño para trepar cómodamente y obtener una semilla. Había cientos, todas del tamaño de un niño pequeño. Tras merodear un tiempo, Elwinda eligió un ejemplar torcido hacia la derecha. Miró hacia arriba. Sus sospechas de que allí sus poderes eran limitados terminaron de confirmarse al intentar aplicar telequinesis sobre una semilla. En la naturaleza existían diversos materiales mágicos capaces de inhibir los poderes de los magos, quizá hubiera alguno cerca. Decidió escalar por la parte frontal. Las ramas crecían alrededor del tronco en forma espiralada al punto de parecer una escalera. Los nudos también servirían.

No había personas, pero podía sentir varios pares de ojos sobre ella. Al percibir una energía extraña, recordó cómo los exploradores les llamaban "árboles malditos". Comenzaba a arrepentirse de haber ido sola.

Las semillas parecían huesos de duraznos gigantes, era fácil visualizarlas. Pese a sus expectativas, Elwinda tardó en hallar una buena rama donde trabajar. Tomó asiento, sorprendida por su gran tamaño. Observó el tallo grueso de la semilla, preguntándose cómo iba a cortarlo con un puñal tan pequeño. Debía limitarse a cortar un poco, forcejear y huir lo más pronto posible de ahí. Intentó arrancar una rama pequeña que le impedía adoptar una posición más cómoda y ante un descuido casi cayó de espaldas. Alarmada, sujetó otra rama cercana. Cuando ya estuvo segura de poder mantenerse sujeta solo con sus piernas, sacó el puñal de entre sus ropas. Las miradas sobre ella se intensificaron hasta erizarle los vellos de su nuca.

Empezó a cortar el tallo con fuerza. Al instante, un perfume agradable llegó a su nariz. En un comienzo resultó un trabajo

relativamente sencillo, luego una sustancia resbaladiza dificultó su tarea. De pronto, esa brisa que mecía suavemente sus cabellos aumentó su intensidad hasta transformarse en un viento violento. Elwinda abrazó la rama para evitar caer. Bajo el fundamento de haber comenzado a cortar, no se dejó amedrentar por los susurros provenientes del suelo. Volvió a su tarea con más energía. Mientras tanto, los espíritus ya tenían forma y alcanzaban el tronco del árbol. Al notar que podría estar cortando por siempre, decidió cambiar su estrategia. Guardó el puñal, tomó lo que quedaba del tallo, jaló con todas sus fuerzas. La semilla cayó sin romperse, rodó cuesta abajo hasta la orilla del río. Aquello suponía un problema, no obstante, tenía otros más inmediatos bajo sus pies. Esos seres tenían algo fascinante, eran espíritus guardianes hechos a medida de los árboles. Resultaba difícil decidir qué era más interesante, si su materia etérea, sus voces resonantes o su velocidad. A sabiendas de que sería imposible ganar esa carrera, Elwinda reunió coraje para tomarse de una rama, balancearse, apoyar sus pies en otra rama inferior. Cuando estaba a punto de soltarse, un espectro jaló su tobillo. Cayó estrepitosamente. Por un momento dejó de respirar y solo vio destellos blancos. Unos susurros le advirtieron que debía recuperarse rápidamente. La semilla estaba sana. Elwinda logró arrastrarse unos cuantos metros hacia allí hasta que algo pesado golpeó el suelo a su lado, obligándola a detenerse. Giró sobre sí, cubrió su rostro con sus antebrazos y algo rígido impactó contra ellos. El dolor tardó en aparecer. Eran cuatro criaturas, quizá cinco. Golpeaban y desgarraban como un látigo. Elwinda debía hallar un lugar donde esconderse, quizá si permanecía lejos de su vista los espíritus olvidarían su presencia. Sin embargo, esa idea parecía imposible de ejecutar porque recibía un ataque tras otro sin piedad. El olor de su propia sangre era insoportable, apenas sentía sus brazos y gran parte de su cuerpo estaba magullado. Allí no tenía poderes

telequinéticos, la única magia que había logrado emplear servía para iluminar el camino o luchar con criaturas gigantes, pero resultaba inútil contra semejantes espectros. No obstante, aún existía una alternativa, no había intentado invocar. Esa idea tocó las puertas de su mente a una velocidad que hubiera agradecido momentos antes. Rodó hacia un lado para evitar un golpe mortal, se escurrió bajo las raíces de un árbol monstruoso y con la sangre que emanaba de un corte dibujó tres símbolos consecutivos en su frente: una luna en cuarto creciente, dos líneas entrecruzadas, una espiral.

—A ti, el sirviente más poderoso —murmuró mientras una criatura comenzaba a colarse por un hueco a su derecha—. ¡A ti te solicito protección, Anwar!

Esperó a que ocurriera algo y volvió a cubrir su rostro con sus antebrazos. Escuchó varios susurros provenientes del exterior, continuaban buscándola. En determinado momento el espíritu por fin alcanzó sus piernas, ella esperó otro golpe, pero eso jamás sucedió. Una luz roja intensa atravesó sus párpados. Al instante, olvidó cualquier dolor. Era él, lo había invocado con éxito. Tras comprobar que el espectro estaba ocupado en observar qué ocurría, Elwinda intentó deslizarse hacia el exterior, pero un golpe hizo trizas las raíces sobre su cabeza y cambió de opinión. Unas garras transparentes y largas trataron de alcanzarla otra vez.

—¿Y ahora qué hiciste? —preguntó él, fastidiado—. No puedo venir cada vez que te metas en problemas.

—¡Hicimos un pacto, me vas a liberar de esto!

Elwinda lamentó no haberlo invocado antes de recolectar la semilla. Él era perfecto para cada ocasión. Cuando las garras rasgaron una pierna de su pantalón, ella se juntó a las raíces más lejanas. Estaba rodeada de salidas, pero no quería arriesgarse a ser capturada afuera. Escuchó un sonido parecido al de un animal herido, eso significaba que iban ganando, sin embargo, tenía la ligera sospecha

de que no lograría festejar su triunfo. Semejante pérdida de sangre le produjo un mareo y pronto visitó el mundo de los sueños.

"Despierta". La palabra generó un eco infinito en la oscuridad. Elwinda sintió olor a lluvia y tierra mojada. Escuchó un río lejano, algunas aves. Preguntándose cuándo había regresado al bosque, percibió un aroma floral muy bonito y permaneció en silencio. No deseaba moverse, su cuerpo parecía flotar. Escuchó esa palabra otra vez, era una orden. Conocía aquella voz que parecía venir de otro mundo, tenía un tono seguro, incluso un poco severo. Un repentino dolor en su mandíbula le hizo abrir los ojos.

—Bien, estás viva.

El rostro de siempre apareció frente a ella, sus ojos oscuros reflejaban irritación, pero también curiosidad. Porque todo había empezado así, por curiosidad mutua.

—¡¿Me golpeaste?! —preguntó indignada mientras frotaba su mandíbula. Miró alrededor, estaban solos y seguían en el corazón de la montaña. Como el cuerpo ya no le dolía, se incorporó—. No era necesario que... —Comenzó a improvisar una frase de cortesía mientras miraba sus brazos sanos. Sabía lo que él había hecho, aún sentía el sabor ácido de su sangre mágica.

—Esto no es un juego, te lo advierto. —Anwar la interrumpió con el mismo tono que cualquier padre utilizaría con su hijo problemático—. Es verdad, hicimos un pacto, pero no soy un simple sirviente. ¿Crees que me hace gracia descuidar las puertas de Balcaldur para ayudarte a derrotar a unos monstruos? Además podrías haberte encargado tú sola, eran débiles.

—Este lugar es extraño. Aquí mis poderes no funcionan bien.

Elwinda miró la semilla, seguía en el mismo lugar. Fue hacia allí, la tomó y la introdujo en una funda de tela. Aún sobraba espacio para otra pequeña, por lo tanto, miró hacia arriba.

—De ninguna manera —dijo Anwar mientras se acercaba a ella—. No tengo tiempo.

Elwinda volvió a observarlo, era un ser superior a cualquier otra criatura mágica. Parecía humano, un joven apuesto de cabello oscuro hasta los hombros, altura imponente, contextura robusta, tatuajes en su piel tostada y ropas impecables de tonos cálidos, como los guerreros de las pinturas en las paredes de los templos. Sin embargo, Anwar distaba mucho de ser una persona, era un bahn, un demonio de otra dimensión que se alimentaba de seres humanos. Los ancianos del pueblo solían contar historias terribles sobre ellos. Elwinda no las había creído hasta ver a Anwar con sus propios ojos. Descubrió su cuello para ofrecerle una vez más "el pago".

¿Qué sabían los estudiosos sobre criaturas así? Nada en absoluto, figuras de humo. Ella se estremeció cuando sus manos enormes la sujetaron. Durante todo ese tiempo, sus investigaciones sobre los bahn habían avanzado debido a ese contacto. Le fascinaba, su sed de conocimiento era tan ávida como la de Anwar por su sangre. Él no le dejaba tocarlo, excepto cuando bebía. Elwinda colocó una mano en su pecho para sentir el latido de sus dos corazones, era su característica más interesante. Luego el dolor estalló desde su arteria y recorrió su cuerpo. Cualquier sacrificio valía la pena por unos momentos de contacto físico con él. Esperó, dejó que bebiera despacio mientras palpaba su columna vertebral, ascendiendo hasta la nuca. Lo más interesante de su esqueleto era la forma del cráneo, tan parecido al de un humano que le hacía pensar si ellos no serían un vestigio insignificante de su especie. Existían historias sobre híbridos, reyes de épocas pasadas que habían gobernado con puño de acero y conquistado naciones, todos ellos con poderes extraordinarios semejantes a los de Anwar.

Un mareo disparó su pánico. ¿Y si no se detenía? ¿Podría perder el control y acabar con ella? Intentó apartarse, pero él cerró los

brazos en torno a su cuerpo impidiéndole respirar con normalidad. Elwinda quiso decir algo, pero su voz parecía atascada en su garganta.

Permaneció consciente hasta que la pérdida de sangre ganó la batalla. Liviana como una pluma, volvió a sumirse en aquel mundo oscuro donde todo parecía cobrar más sentido.

Despertó al cabo de varios minutos u horas, era imposible saberlo. Anwar había desaparecido. Su cuerpo recostado sobre las raíces de un "Árbol de sangre" estaba rígido, cada músculo contracturado. Le tomó trabajo incorporarse. Le dolía el lado izquierdo del cuello, además le costaba respirar. La semilla permanecía dentro de su funda, lista para ser llevada a casa. Elwinda contempló el paisaje una última vez. Incluso bajo el velo del dolor, no perdía su magia. Había mucho que hacer, el tiempo pisaba sus talones. El viaje de vuelta comenzaba allí.

Al llegar a casa, sacó la semilla de su funda y el libro del morral: S*anguine, crianza y cuidados*. Acarició las letras doradas sobre la tapa desgastada con una sonrisa. Ese volumen era el causante de una obsesión que le impedía dormir bien. Lo encontró en unas ruinas subterráneas. En un comienzo creyó que era un cuento de hadas bien elaborado para la época, sin embargo, tras consultar varias fuentes llegó a la conclusión de que los sanguine habían existido con otros nombres.

Hacía frío. Encendió fuego en la chimenea porque de todas formas lo necesitaría. El resplandor anaranjado de las llamas bañó cada superficie. Pensando en que aquel pronto sería un hogar completo, hizo algunos preparativos antes de comenzar a trabajar.

Los sanguine eran criaturas mágicas de apariencia humana que podían crearse con elementos simples, lo principal era una semilla de "Árbol de sangre" en buenas condiciones. A lo largo del tiempo,

numerosos magos y brujas de renombre habían fabricado sanguine. Existían dos tipos de sanguine, los de hielo y los de fuego. Todo dependía del medio en que fueran incubados. Con determinados ingredientes era posible fabricar un macho o una hembra. Por regla general, los sanguine de hielo tenían carácter salvaje, frío, calculador, resultaban perfectos para defender lugares. Debían ser incubados en la nieve, tardaban un poco más en nacer que los de fuego. Existían textos antiguos sobre guardias invencibles en templos y lugares similares, posiblemente estas criaturas. Contrario a ellos, los sanguine de fuego eran dóciles, obedientes, serviciales. Destacaban en tareas del hogar, podían realizar labores pesadas sin cansarse, demandaban poca comida, agua y cuidados, aprendían rápido cuanto se les enseñaba. Había familias que los utilizaban como mascotas para sus niños. Desde su punto de vista, eso era una estupidez. El potencial de los sanguine debía ser explotado adecuadamente. Ningún ser superior a los humanos merecía un final tan insulso.

Elwinda tenía una personalidad curiosa y audaz. Su interés por el lado oscuro del mundo mágico era considerable. Le agradaba explorar rincones desconocidos del mundo en busca de cosas nuevas. El asunto de los sanguine era más de lo mismo: curiosidad, ganas de investigar a fondo qué había entre líneas, ansias de traspasar el límite entre la leyenda y la realidad. Le intrigaba saber qué podrían hacer estas criaturas con conocimientos de magia. Imaginaba sanguine exploradores, investigadores, curanderos. Las posibilidades eran ilimitadas, ni todas las semillas del mundo alcanzarían para saberlo. Creía en ellos como creía en el resto de las criaturas mágicas, por eso estaba dispuesta a realizar ese experimento.

Fabricaría un sanguine de fuego macho. Excepto por la semilla, la lista de ingredientes era sencilla. Volvió a la mesa para buscar la página con las instrucciones de fabricación, luego acomodó la

semilla y tomó un cuchillo de hoja fina para abrirla. Le llevó tiempo. Cuando terminó, hizo a un lado la parte superior para admirar el centro gelatinoso sobre el que había leído cientos de veces. Una masa oscura, brillante y firme. Curiosa, le dio unos golpecitos con su índice. Luego buscó una bolsa de tela en el estante superior que contenía la mano de un esqueleto perteneciente a un mago y la colocó dentro del centro gelatinoso para aportar la materia mágica necesaria. Mientras retiraba su mano, Elwinda pensó en lo sencillo que había sido robar ese objeto de un cementerio cercano. Observó sus dedos con asco y admiración, impregnados de una sustancia viscosa. Limpió sus manos, luego escribió un conjuro en un pergamino y lo colocó junto a la mano del esqueleto. Las hierbas mágicas estaban unidas con un cordel, listas para ser incorporadas a la preparación. Lo único que faltaba era el corazón, es decir, materia orgánica necesaria para darle vida. El viejo cuervo en una jaula junto a la ventana sería útil para ese propósito. Después de todo, ya era hora de deshacerse de él. Elwinda abrió la puerta de la jaula e intentó tomarlo, pero el animal le dio un picotazo y se movió lejos de su alcance. Tras varios fracasos similares y una pequeña riña, logró atraparlo. El viento producido por el aleteo del animal mandó a volar varios pergaminos. Intentó llevar a cabo el proceso lo más rápido posible, el corazón recién extraído fue a parar junto a los demás ingredientes. Procuró reforzar la unión de ambas mitades con cera derretida. Tras depositar la semilla en la chimenea, colocó sus manos encima y pronunció un conjuro. Al terminar, tomó asiento. Estaba agotada. El proceso de incubación tardaría semanas. Debía ser paciente y alimentar el fuego para mantener una temperatura adecuada, porque una mínima pérdida de calor podía echar todo a perder.

Sus días transcurrieron entre acarrear leña y tomar notas en una libreta para no olvidar ningún detalle. El fuego crepitaba

alegremente, como si supiera qué función cumplía. A veces en el silencio de la noche, Elwinda podía oír el sonido de algo moverse en el interior de la semilla. Deseaba que todo saliera bien, que el sanguine naciera.

El milagro ocurrió una mañana mientras volvía a la torre con más leña. En un principio lo confundió con el viento, porque siempre soplaba y hacía crujir los marcos de las ventanas. Cuando los sonidos fueron más evidentes, Elwinda volteó hacia el fuego. La semilla se balanceaba suavemente sobre las brasas. Una grieta en la parte posterior dejó escapar un líquido negruzco que poco a poco se evaporó. Elwinda se arrodilló frente a la chimenea, atenta a cuanto sucedía. La criatura debía nacer sin ayuda como un ave que rompe el cascarón. Por si acaso, arrojó unos leños al fuego. Tras una ráfaga de chispas, la mitad superior de la semilla cayó hacia atrás y dejó al descubierto una mano diminuta. Ella buscó un recipiente con agua, un paño, mantas abrigadas. Su atención en la incubación le había hecho olvidar las prendas de vestir para el recién nacido, más tarde debía conseguirlas. Al poco tiempo vio una criatura que parecía un niño de cuatro o cinco años, cubierta por la sustancia oscura del centro gelatinoso. Permanecieron en silencio durante mucho tiempo, sin moverse. Elwinda notó que el calor no le afectaba en absoluto. Las llamas lamían sus piernas sin lastimarlo.

Ella le ayudó a salir despacio para no asustarlo, lo acomodó sobre la alfombra y comenzó a limpiarlo. El tacto de su piel era cálido, como tomar una taza de té entre las manos. No sabía si atribuir este fenómeno a la incubación o si era una característica propia de los sanguine de fuego. Elwinda procuró esmerarse en limpiar al recién nacido, luego lo vistió con una camisa de lino que le quedaba bastante grande y lo cubrió con las mantas, sorprendida por su carácter tranquilo.

El interior de la semilla era un amasijo de restos de hierbas, líquidos extraños, algunos fragmentos de pergamino. No había rastros de la mano, ni del corazón del cuervo. Al parecer, habían sido aprovechados. Elwinda tomó asiento frente a la mesa, mojó una pluma en el tintero y comenzó a escribir los detalles antes de olvidarlos:

«Temperatura corporal alta», murmuró mientras garabateaba. Los sanguine de fuego tardan veintiún días en incubarse. Son criaturas cálidas, sensibles a temperaturas invernales. Nacen en etapa avanzada de crecimiento, razón por la cual se estima que a los dos años de vida alcanzan su adultez.

Continuó escribiendo, echándole miradas furtivas. Cuando agotó sus observaciones, dejó la libreta abierta para secar la tinta. Tomó una canasta donde había reservado unas setas y plantas mágicas, la depositó frente al recién nacido. El libro mostraba una lista detallada de lo que comían los sanguine, un grupo específico de plantas y setas mágicas. Allí crecía una gran variedad. Conseguir comida para él fue tan fácil como internarse unos metros en el bosque y recolectar las especies adecuadas.

Elwinda observó qué hacía. El niño sanguine tomó una seta enorme, también una planta mágica con una flor anaranjada, mordió un poco de cada una. Al parecer estaban bien, porque al cabo de unos momentos empezó a comer con regularidad. También le acercó un cuenco con agua, era lo único que bebían. Los sanguine no eran mamíferos, por lo tanto no necesitaban leche materna. Lo que sí necesitaba este ejemplar era un nombre.

—¡Ya sé! Te llamarás Drystan.

Él la miró unos instantes antes de volver a su comida. Elwinda supuso que no comprendía ningún lenguaje. Colocó una mano sobre su cabeza, sus cabellos oscuros eran suaves y ya comenzaban a secarse. Sonrió cuando volvió a mirarla, el bastardillo tenía unos

ojos grises preciosos. Elwinda sentía curiosidad por saber qué tan rápido crecería. Debía comenzar a enseñarle diferentes disciplinas antes de que esto ocurriera. Cuando él intentó tomar el agua con sus dedos, le ayudó. Al cabo de dos o tres intentos, ya sabía beber del cuenco. Aprendía rápido. Hizo más anotaciones en su libreta, satisfecha con su reciente creación.

—¿Te gustan esas flores? En el bosque hay muchas, ya vas a verlo por ti mismo.

Él continuó comiendo sin dar señales de escucharla. Con una pequeña sonrisa en sus labios, Elwinda continuó garabateando o haciendo diagramas para evitar olvidarse el paso a paso.

2

TODO ESTABA PREPARADO, EXCEPTO ÉL

DYLEN

Dylen observaba a su padre agonizando desde el umbral, ya no deseaba sentarse frente a la cama. Una vela encendida sumía el ambiente en penumbras. El olor de la muerte impregnaba las paredes y llegaba hasta su nariz con una fuerza descomunal. Ese período difícil alcanzaba su fin. El testamento estaba firmado, las cartas comunicando la situación a su familia y amigos estaban enviadas.

Esperó a que su padre se durmiera para ir al piso inferior. Su hogar estaba encima del negocio familiar: la pastelería Dirkon. Desde lo alto de las escaleras, Dylen podía oír los sonidos metálicos de los utensilios de cocina golpear recipientes o mesadas, algunos leños entrechocar al ser colocados rápidamente dentro del horno.

La pastelería Dirkon era famosa desde los tiempos de su bisabuelo debido a sus pasteles finos y coloridos, sus galletas o panes de excelente calidad; sin embargo, la atracción principal de los

últimos cuatro años eran los sanguine creados para trabajar allí. Seres inteligentes, eficientes, inagotables, amables con el público. Eran el secreto mejor guardado del negocio. La gente sospechaba que eran criaturas mágicas, pero no sabían de qué tipo. A Dylen le parecía peligroso lo sencillo que era crear un sanguine, él pensaba que estas criaturas necesitaban un buen ambiente donde crecer, lejos de la familia convencional, especialmente de los niños. Por esa razón, ante preguntas impertinentes sobre ellos siempre guardaba silencio.

Cuando llegó a la planta baja, consultó el reloj de péndulo. Faltaban quince minutos para abrir. El aroma a pan recién horneado era exquisito, se mezclaba con el de la leña, el limón, la vainilla, el chocolate. Eran los olores de siempre, la misma manera de comenzar todos los días. Cruzó el pasillo que llevaba a la cocina y tras abrir la puerta, comenzó a dar órdenes.

—¡Apresúrense! ¡En quince minutos abrimos!

Una hilera de pasteles coloridos sobre el mesón era satisfactoria a la vista. A un lado, una bandeja enorme de galletas reposaba a la espera del toque final. Había pan recién horneado, tartas. La esencia de su bisabuela vivía en cada preparación.

—Buen día, señor. Aquí está el pedido para mañana.

Lennox era la ayudante general, trabajaba en todas las áreas. Era la criatura más dulce e inteligente que Dylen jamás hubiera creado.

—Buen día, Lennox. Veamos... —Dylen tomó la lista que ella le alcanzó y leyó detalladamente—. ¿Aún tenemos polvos de hornear? No aparecen aquí, muy raro.

Ella ladeó su cabeza pensativa, luego fue hacia la despensa en silencio. Dylen sabía que tardaría, conocía su manera de proceder, por lo tanto, comprobó que todo el mundo trabajara mientras esperaba. Al cabo de un tiempo, Lennox regresó, mojó la pluma en el tintero y pidió agregar unas cosas.

Dylen fue al salón principal para corroborar que estuvieran acomodando la producción. Afuera había fila. En cuanto abrían las puertas, la gente ingresaba inmediatamente y peleaba por comprar primero. Esos comportamientos lo incomodaban, por esa razón había dejado a los sanguine a cargo de la atención. A las nueve en punto abrieron las puertas de la pastelería, comenzó un nuevo día de ventas.

Era tarde cuando Lennox golpeó la puerta de la habitación de Dylen. Él fumaba tabaco en una pipa, sentado en una butaca individual frente al fuego de la chimenea. El tenue resplandor de las llamas bañaba todo a su alrededor. Dylen le indicó a Lennox que pasara e hizo espacio en la pequeña mesa a un lado de la butaca, ella depositó una bandeja con té y algunos panecillos que sobraron. Lennox preparaba un té delicioso, además era buena conversadora.

Ella aguardó unos instantes a que Dylen probara la comida, pero esa vez a diferencia de las anteriores, en lugar de retirarse, permaneció de pie frente a él. Era un gesto normal de Lennox cuando quería hablarle sobre algo importante.

—El señor Dirkon no quiso beber su poción nocturna —explicó Lennox, preocupada—. Además, no quiso cenar. Debería escribir al médico.

—Me temo que ya no vale la pena. —Dylen volvió a llevar la boquilla de la pipa a sus labios y dio una calada profunda. Tras un tiempo, dejó escapar el humo con tranquilidad—. Mi padre está muriendo. ¿Recuerdas qué significa eso? —Depositó la pipa a un lado de la taza y le dio un mordisco sin ganas a un panecillo.

—Desaparecer del mundo —susurró ella, como si sus palabras fueran prohibidas. Cruzó sus brazos sobre el pecho y se acercó despacio al fuego de la chimenea—. ¿Cuándo ocurrirá?

—No lo sé, puede que pronto. —Dylen bebió unos sorbos de té, el panecillo estaba seco y necesitaba líquido para pasarlo—. Pero no te preocupes, no es tu culpa. Es un proceso normal.

—Me apena que los humanos vivan tan poco tiempo.

Ella relajó su postura, bajó sus hombros y respiró lentamente. Era inusual verla triste, parecía otra criatura.

Dylen bebió otro poco de té sin dejar de observarla. Los sanguine eran una caja de sorpresas, jamás lo decepcionaban. Una vez cuando Lennox era pequeña, encontró un pichón moribundo en el jardín y se lo llevó para enseñárselo. Dylen la sentó en su regazo y le habló sobre la muerte. Existían registros de sanguine longevos, el más viejo de quinientos años. La conciencia en torno a su condición como criatura mágica capaz de vivir siglos, dio paso a una angustia profunda en ella. Jamás se le pasó.

—Cuando yo muera, te cuidará alguien más. Lo prometo. —Dylen rodó ligeramente sus ojos, con una pequeña sonrisa en los labios—. O puede que para ese entonces vivas por tu cuenta. Podrás hacer lo que quieras.

—Soy feliz aquí —respondió ella. Por primera vez en mucho tiempo, tomó asiento sobre la alfombra—. Me gusta hacer galletas, hablar con personas, preparar el té... —Alargó su mano hacia el fuego y acarició las llamas—. Siento que mientras más cerca estoy de los humanos, menos sola me siento.

Dylen observó aquella escena hipnótica, los sanguine de fuego jamás se quemaban. Eran criaturas que provenían de las mismísimas entrañas mortales para el resto de los seres y objetos, por eso los había elegido para trabajar frente a los hornos.

—¿Y qué hay de tus hermanos? —inquirió con cierta curiosidad. Hacía tiempo que no tenían una conversación así.

—Me agradan, pero... —Lennox vaciló un poco, girando despacio su mano sobre una llama—, no lo sé. Cuando estoy con

ellos me siento sola. Son buenos conmigo, siempre me ayudan en todo, pero no entienden ni la mitad de lo que digo. Son un poco... t-tontos.

En eso coincidían. Por alguna razón, Lennox era la más lista, eficiente y quien solía expresar más sentimientos de toda la camada. Su razonamiento, similar al de un ser humano, podía llevarla a extremos desagradables. Dylen también era así, a fin de cuentas, la materia mágica para crear a sus sanguine era su propia sangre. El misterio de la personalidad de Lennox aún no estaba resuelto, pero sospechaba una herencia. La misma materia orgánica y las mismas palabras utilizadas, la misma energía impresa, el mismo horno... Ella fue la última en nacer y la mejor de todos.

—¿Usted recuerda su infancia, señor? —le preguntó a Dylen, llevando sus ojos llenos de lágrimas hacia su amo. Eran oscuros como los de él. Luego dejó las llamas tranquilas para colocar unos leños en la base y atizó el fuego con calma.

Dylen volvió a fumar, el tabaco ya sabía amargo.

—No mucho —dijo tras reflexionar un poco—. Lo que recuerdo es a mi padre regañando a mi hermana menor. Todo siempre giraba en torno a sus peleas. Elwinda era el peor ser humano del mundo, jamás se comportaba. —Ladeó un poco su cabeza, con su vista clavada en la alfombra—. También recuerdo a mi abuela decorando los pasteles para vender, el aroma a canela que despedían sus manos, su sonrisa, como me explicaba la receta de tal o cual pastel... En ese entonces no me importaban los pasteles, pero de todos modos la escuchaba. Pasaba mucho tiempo a su lado. —Hasta ese momento no se había percatado de cómo le afectaba hablar sobre su abuela, el recuerdo era abrumador—. También estaba el gato. —Ambos rieron—. Uno anaranjado a rayas, dormía sobre el escritorio de mi padre mientras él trabajaba en los libros de contabilidad.

—Yo recuerdo las tormentas. Cómo retumbaba la casa ante cada trueno —dijo ella tras un silencio—. ¿Recuerda cuando un rayo alcanzó el árbol frente a la casa? Jamás sentí tanto miedo.

—Claro, jamás lo olvidaría. —Vació el contenido de la pipa en un cuenco metálico a un lado de la butaca—. Solía despertarme con tu llanto, ir a buscarte, traerte aquí e intentar que te durmieras. A veces lo lograba, otras me quedaba dormido antes de que ocurriera el milagro.

—Recuerdo sus caricias en mi cabello, solo eso me tranquilizaba —titubeó un poco, en busca de las palabras correctas—. ¿Podría ser... podría usted...?

—Ya estás grande para esas cosas, Lennox. ¿Te quedaste por esa tontería?

Ya era tarde. Hacía bastante tiempo que Dylen tenía puesta su ropa de dormir y los párpados le pesaban. Fue a la cama y se recostó sin siquiera apartar las mantas. Debido a los leños que ella había colocado hacía calor. La pequeña silueta de Lennox recortada contra el fuego lo enterneció. Había crecido rápido, pero no era tan alta como sus hermanos.

Dylen suspiró, a fin de cuentas un pequeño capricho no significaba nada. Palmeó el colchón como solía hacerlo cuando era una niña, Lennox se incorporó y fue con él. El cuerpo de los sanguine de fuego era cálido, su simple cercanía hacía sudar la piel. Permanecieron en silencio, escuchando el sonido del viento, el crepitar del fuego, el ulular de un búho proveniente del árbol frente a la ventana. Lennox olía a vainilla, chocolate y los demás aromas de la panadería. Acarició su cabello durante mucho tiempo. Estaba relajada, confiaba en él, era su creación y lo respetaba. Cuando escuchó su respiración tranquila, paró. Lennox se había dormido demasiado rápido. Dylen contempló su rostro. Nunca cambiaba. Su cabello oscuro caía sobre sus hombros, liso y brillante, algunas

hebras alborotadas en la coronilla le daban una apariencia simpática. El cabello negro azabache era un rasgo distintivo de los Dirkon, otra característica heredada de Dylen. Su piel blanca como la leche adquiría un tono rosado muy sutil en épocas cálidas. Era preciosa, perfecta, una criatura hecha con su magia.

Como todo integrante de su familia, Dylen había nacido en la senda de la magia oscura, pero hasta el momento de crear a sus muchachos jamás había utilizado sus poderes. La única razón por la cual su padre no lo había desheredado tras manifestar su decisión de no emplear magia era por Elwinda. Nadie deseaba que Elwinda tomara las riendas de la pastelería. Su hermana, su peor fantasma. ¿Valía la pena arruinar el momento con ese pensamiento? Cerró sus ojos y se relajó para deslizarse al mundo de los sueños, sin pesadillas, terrores nocturnos ni sombras atormentadoras.

El fuego ardió en la chimenea, cubrió con su resplandor cada superficie, incluido el marco del espejo situado frente a la cama a través del cual una figura oscura los observaba en silencio.

3

UN NUEVO ENCARGO

KENNETH

Kenneth pagaba mensualmente al tabernero para negociar en la bodega, lejos de los ojos de las autoridades. El lugar era perfecto para intercambiar mercancías debido a sus paredes gruesas que aislaban cualquier sonido y su salida a un callejón oculto. Sitios como ese escaseaban en un pueblo lleno de cotillas. ¡Vamos! Que ni siquiera se podía parpadear sin que alguien estuviera viendo. Las circunstancias lo habían llevado a ser lo que era: un traficante de mercancías mágicas. Un oficio tan excitante como peligroso. Arriesgarse producía buenas ganancias. Además, adquiría experiencia como mago. Gracias al dinero por pieza vendida, Kenneth podía vivir con holgura. Sus únicas preocupaciones eran evitar la mano dura de la ley y los clientes problemáticos, afortunadamente esta clase de compradores escaseaban.

—¿Las tienes?

Jace era un cliente que siempre pagaba sumas exorbitantes de dinero por artefactos mágicos oscuros.

—Sí, las tengo —respondió Kenneth—. ¿Sabes? No es mi trabajo meter las narices donde no me llaman, pero te advierto que estas gemas están malditas. A mí me causaron muchos problemas. Pienso que primero deberías quitarles lo malo...

—No necesito tus consejos. Sé muy bien qué hacer.

La voz del hombre sonó hostil. Kenneth conocía perfectamente ese comportamiento y temió que Jace se enfadara. Sin saber qué hacer, aguardó unos instantes. El asunto pareció concluir con esa respuesta. Kenneth recibió una bolsa de monedas enorme, más de lo acordado. Como buen comerciante, calló al respecto y le entregó a Jace un cofre mediano de madera con tres calaveras talladas en la tapa. El objeto pesaba tanto que deshacerse de él supuso un alivio.

—No acepto reclamos —le advirtió tras ver a Jace guardar el cofre en un saco de tela. Al colgarse la bolsa al cinturón, escuchó un suave tintineo. Aquello le alcanzaría para cubrir todos los gastos de reparación provocados por las gemas, incluso sobraría para algo más. Vender objetos por encargo tenía sus ventajas, aunque también existían muchos problemas de por medio—. Si necesitas otra cosa, envíame un telegrama. O ya sabes dónde encontrarme.

Kenneth sonrió cuando su cliente se colocó la capucha, eso significaba que ya se iba. Allí siempre estaba fresco. Pese a tener su abrigo puesto, el frío se colaba a través de la tela y a veces sentía escalofríos.

—Oye, Jace —lo llamó mientras el hombre llegaba a unas escaleras de piedra que llevaban a la salida del callejón. Jace volteó a verlo impaciente. Esos ojos... Kenneth se estremeció, pero esa vez no fue de frío—. Ve con cuidado.

Esperó a que saliera para sacar una moneda de la bolsa y subir a la parte iluminada de la taberna.

Desde la taberna a su casa había un trecho corto. Vivía junto a los muelles, donde los barcos mercantes cargaban y descargaban mercancías. Su ubicación estratégica le permitía ingresar mercancía a su depósito durante las noches sin luna. Todo estaba calculado, cuando se trataba de negocios nada quedaba al azar. Los cabos sueltos existían en otros aspectos de su vida, pero jamás en el tráfico de objetos mágicos.

Al llegar, cerró con dos vueltas de llave. Como recordaba haber dejado las velas del pasillo encendidas, se detuvo a escuchar en la oscuridad. Antes de salir siempre dejaba las ventanas cerradas para evitar hurtos, así que descartaba una corriente de aire. Esas velas eran nuevas, gruesas, aguantaban encendidas varios días, por lo tanto era extraño que estuvieran apagadas. Dio unos pasos adelante, listo para utilizar sus poderes contra quién estuviera esperándolo.

La sala estaba desierta. Creía haber apagado las velas de esa estancia, pero estaban encendidas. Por si acaso abrió los cajones de la cómoda y encontró todo el contenido revuelto. Lo normal sería que buscaran la entrada al depósito. Sin embargo, esos eran signos de un hurto, una obra de alguien con poca experiencia o... ¡Por supuesto! ¿Cómo no lo había pensado antes? Fue a la cocina y encontró un plato a medio empezar. Un caldero con conejo guisado gorgoteaba al fuego, la ventana estaba abierta. Olfateó el aire, sorprendido de haber ignorado ese detalle. A pesar de todo, la comida lucía suculenta.

—Sal de dónde estés, Shayla. Pequeña bribona... —Kenneth masajeó sus sienes ante un repentino dolor de cabeza. El silencio era estúpido e incómodo. De pronto, un tintineo acompañó a una sombra que se deslizó rápida hacia la puerta de la cocina, ¡La descarada escapaba! Como sus piernas eran más largas y fuertes que las de Shayla, la alcanzó en un santiamén, la levantó unos palmos del

suelo sujetándola por la cintura y la arrojó sobre el sofá de la sala. Luego se plantó frente a ella con los brazos en jarra, indignado—. Jamás te di permiso de entrar a mi casa. —Como no obtuvo respuesta, comenzó a revisarle los bolsillos. Shayla era joven, apenas salida de la adolescencia. De hecho, él tenía edad suficiente para ser su padre, pero debía admitir que esos pantalones le quedaban perfectos.

—¡No! ¡Déjame en paz, anciano gruñón! —protestó en cuanto los objetos comenzaron a salir de sus escondites. Pronto la alfombra se llenó de alhajas, monedas, pequeños tesoros; algunos ni siquiera le pertenecían al dueño de casa. Shayla aguardó unos momentos y cuando tuvo la oportunidad, le propinó un golpe en el estómago. Aprovechando esa distracción trepó por el respaldo del sofá, pero él volvió a atraparla. A la segunda vez que lo intentó, él la sujetó por detrás cruzándole sus muñecas sobre el estómago.

—Sabes que es una mala idea robar, pero peor es robarme a mí.

Agitado por tanta lucha, apenas podía hablar.

—No eres el único.

El aliento cálido de Kenneth en su oído se sentía incómodo, toda la situación lo era. Shayla trató de poner distancia entre sus cuerpos, pero él apretujó sus muñecas.

A pesar de ser una ladrona, Shayla tenía su encanto. Era el dolor de cabeza de cualquiera que tuviera un negocio o un hogar propio. Al imprimir un poco más de fuerza, ella emitió un quejido. Kenneth intentaba mantenerse serio a pesar de que el asunto comenzara a hacerle gracia.

—Si me dejas ir te devolveré tus cosas. Pero solo las que te pertenecen, me llevaré el resto.

Shayla tragó saliva al sentir la respiración de Kenneth en su mejilla.

—¿Me pones condiciones? No creo que sea el mejor momento para hacerlo. —Quiso reír cuando ella se estremeció. A pesar de sus veintiún años, seguía siendo la misma mocosa de siempre—. Pienso que ya he soportado demasiado y mereces un castigo. Tú eliges: te corto una mano o un pie. Puede que así aprendas a no robar.

—¿Q-Qué?

Al criarse en un nido de ladrones, Shayla conocía la crueldad humana de primera mano, pero eso ya era demasiado. Se retorció en busca de soltarse y presa del pánico le pisoteó el pie derecho.

—¡No! No. —A pesar del dolor, Kenneth la sujetó y la volteó para que lo mirara—. Te advertí lo que sucedería la próxima vez. Así que ahora debes elegir. —La miró de arriba abajo. Si se reía, lo echaría todo a perder—. O puede que haya una tercera opción. —Le acarició un muslo y ella le dio un golpe en la mano.

—Me voy —anunció enfadada consigo misma por caer en las estupideces de siempre.

—¡Espera! Aún no hemos terminado —carraspeó para recuperar su seriedad—. Debería entregarte a las autoridades. Mira todo lo que has robado...

—Pero no lo harás. —Por si acaso, Shayla echó una mirada furtiva a la puerta—. Porque dejaré tus baratijas aquí y no sabrás de mí en un tiempo.

—Puede ser —respondió Kenneth como si fuera a darle la razón, pero tenía mejores planes en mente—, o puede que no. —La detuvo otra vez cuando ella atinó a ponerse de pie—. Tengo buenos amigos entre los rangos más altos...

—Mientes.

Ella colocó sus manos sobre los brazos del traficante en busca de liberarse.

—Bien, no son buenos amigos, pero me dejarán en paz durante un tiempo si les entrego algunos ladronzuelos. Ya sabes, trabajar

no es su principal afición. Así que... —ignoró un insulto—, te propongo algo que podría salvar tu trasero, generar una ganancia extra y, por lo tanto, sería tu decisión compartir el dinero con tus amiguitos. —Supo que había golpeado el tejado correcto al ver su cambio de expresión. Kenneth hizo una pausa intencional para aportarle suspenso a la situación, hasta que ella lo incitó a seguir—. Hay unos túmulos a unos cuantos kilómetros de aquí por el viejo camino hacia las montañas. Muy cerca de allí existe un lugar que nadie ha visitado en un tiempo, tiene trampas inactivas por todas partes, criaturas extrañas. —Contempló ese par de bonitos ojos verdes y expresivos—. También un objeto legendario.

—Supongo que está maldito, adoras vender esas cosas.

Sin querer mostrar curiosidad por el asunto, ella se retorció despacio para que la soltara y se enderezó en el sofá.

—Sí, esa es la cuestión. Un cliente me dijo cuánto pagaría por agregarlo a su colección. —Alzó su índice para advertirle que haría una pausa. Luego buscó en la estantería junto a la puerta de la sala hasta dar con un volumen viejo de encuadernación negra, las letras doradas del título apenas se veían debido al uso. Lo abrió y pasó varias páginas hasta dar con la imagen que necesitaba—. En este caso bajo la superficie hay más, los túmulos son una simple fachada. Las ruinas corresponden a una ciudad subterránea que antiguamente fue habitada por magos, se llamaba Nunn. Por aquellas épocas el rey poseía un artilugio que lo volvía invencible. Desde el principio sus consejeros le advirtieron que el objeto estaba maldito, pero él no hizo caso. Poco después su comportamiento comenzó a cambiar...

—Cielos. —Le echó una mirada rápida a la ilustración, cruzándose de brazos—. No me interesan las historias de fantasmas. —Ya comenzaba a asustarse, pero todo parecía mejor que el calabozo—.

De acuerdo, intentaré lidiar con ello, pero no te prometo nada porque mis poderes mágicos son débiles.

—Gracias a los cielos. De ser mejor bruja, no quiero imaginar lo que harías. —Kenneth rio un poco ante su mirada severa—. Te daré amuletos de protección. Y recuerda, nada de hablarles sobre esto a tus amiguitos hasta que tengas el dinero, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Shayla encogió sus hombros con el aire indiferente de siempre.

—O si no tendré que cobrármelo de otras maneras.

Mientras cerraba el libro para ir a devolverlo a la estantería, Kenneth le lanzó un beso. Ella hizo una mueca de desprecio que a él le provocó una nueva carcajada.

4

CONTORNOS EN LA OSCURIDAD

JACE

Jace observaba el paisaje desde lo alto de su torre. El viento helado se filtraba por cada resquicio, recorría las habitaciones vacías, parecía abrirse camino hacia lo profundo de su corazón. En unos días nevaría, lo notaba en la humedad del aire, en los colores del cielo y el comportamiento de las aves. A lo lejos el bosque se veía pálido, como una antigua versión de sí mismo. El pueblo parecía un hormiguero, sus calles estrechas estaban llenas de puestos que ofrecían vegetales, carne, pescado, especias e incluso prendas de vestir o joyas. Como si se tratara de una coraza, los tejados descuidados cubrían algunos callejones. Más allá, unos barcos mercantes eran amarrados a los muelles y numerosos peones descargaban sus mercancías. Como siempre, Jace se sentía ajeno a todo aquello.

Dentro de la torre el tiempo parecía detenerse. Ya no se preocupaba por abrir todos los postigos, dejaba que la luz ingresara únicamente a los lugares que más frecuentaba. La chimenea siempre

estaba encendida, el montón de leña a un lado variaba de acuerdo a la temperatura de las noches. Entre la lista de tareas que implicaba mantener su hogar en pie, cortar leña era la más satisfactoria. Descargar el hacha contra los tocones le hacía sentirse bien. Jace tenía una naturaleza intensa, un poco violenta, necesitaba mantenerse ocupado con trabajo físico. Contrario a este principio, sustentaba su vida preparando pociones o vendiendo libros de hechizos.

Jace había sido instruido en las artes oscuras desde muy joven, conocía bien el terreno donde se movía. Sus pociones eran efectivas para provocar desgracias, enfermedad e incluso la muerte. En el pueblo y sus alrededores no existía nadie sin un enemigo del cual vengarse, por lo tanto, no era extraño ver salir personas de la única tienda de ingredientes mágicos con frascos entre sus manos que contenían pociones hechas por él. En otras épocas los magos habían sido personas respetadas, superaban en número a quienes no tenían poderes mágicos. No obstante, ocurrió algo desconocido, su número y popularidad decreció hasta casi extinguirse. Los pocos magos que Jace conocía y venían a su torre a comprar libros, le pagaban bien por cada ejemplar. Además, era un asiduo coleccionista de artefactos mágicos. A veces vendía alguna pieza de escaso valor mágico o sentimental. Su tiempo libre transcurría entre estos objetos, evadía todo lo que podía su propia realidad. Y cuando el día llegaba a su fin, iba a las mazmorras a visitar a Gaela.

Gae, su Gaela. Le partía el corazón verla así. Durante una visita a otra dimensión, su pareja había sido atacada por una criatura parecida a una serpiente y su sangre se había infectado de tal manera que la muerte hubiera sido la mejor alternativa. Al principio fue duro, Gaela había caído presa de una fiebre intensa y la herida de su pierna lucía cada vez peor. A pesar de las medicinas, cataplasmas, brebajes e instrucciones del médico, la fiebre se transformó en un sueño profundo que duró cuatro días. Al quinto, una criatura

completamente diferente abandonó la cama y fijó su rumbo hacia el pueblo.

Al percatarse de su ausencia, Jace la buscó por todas partes. La puerta de entrada estaba abierta, la alfombra había sido arrastrada unos cuantos metros hacia el camino principal. Gaela se había ido. Tras ponerse su capa, salió a buscarla.

La luna llena derramaba su luz sobre las calles desiertas. A medida que el tiempo transcurría, su desesperación crecía. Cuando finalmente la encontró en un callejón sin salida, Jace suspiró aliviado, luego su cuerpo se tensó bajo un sonido que materializaría todas sus pesadillas: Gaela estaba en cuclillas devorando un perro que en circunstancias normales le hubiera arrancado un brazo de una dentellada.

Jace la rodeó despacio, sin hacer ruido. Estaba demasiado ocupada para prestarle atención a algo más que no fuera su comida. Sus ojos antiguamente azules, refulgían bajo una nueva luz dorada. Lo peor era la voracidad con que llevaba las vísceras a su boca. Jace se preguntó si con eso le bastaría o si tras aburrirse de su presa, iría por otra. El olor de la sangre y otros fluidos hizo que el contenido del estómago se le subiera a la garganta. Sin embargo, resistió sin saber si de un momento a otro debería correr. Ella continuó comiendo, sin dar señales de haberlo visto. Entonces Jace tomó una decisión: cogió una piedra enorme y avanzó lentamente. Sus piernas temblaron tanto que creyó que iba a caer. A último momento reunió el valor necesario para golpearle la cabeza. Cargó a Gaela hasta la torre mientras su mente bullía de pensamientos oscuros.

Los médicos no servían para nada. Solo necesitaba tiempo, quizá la solución fuera más simple de lo esperado. Encerró a Gaela en la última celda con los grilletes puestos para asegurarse de que no volvería a salir. Esa primera noche mientras subía las escaleras hacia el piso superior, pensó en cuán irónico era haber adquirido una

vieja torre con mazmorras que jamás visitarían. De hecho, antes de que todo ocurriera planeaban construir una pared para olvidar esa puerta.

En un principio alimentó a Gaela con carne cruda del mercado. A diario bajaba para arrojarle una pieza y salía sin perder tiempo. Leyó cada libro de la biblioteca, luego compró algunos especializados en enfermedades mágicas. Era un asunto que solo le incumbía a él, su mayor secreto. Así, con el paso del tiempo, Gaela se convirtió en una bestia desgreñada que deseaba comérselo vivo. Ya no importaba con cuánta carne la alimentara, siempre lo deseaba a él. A Jace le daba escalofríos pensar que una noche cualquiera podría liberarse y sorprenderlo mientras dormía, era el tema principal de sus pesadillas.

Los primeros meses fueron duros, su cordura se desmoronaba a la velocidad de las agujas del reloj. A veces se dormía sentado y despertaba con lágrimas derramadas sobre el papel. Otras noches ni siquiera podía dormir. Tras pasar cientos de páginas y devorar volúmenes completos, Jace permanecía sentado frente al fuego o bajaba a las mazmorras para comprobar que ella aún estuviera allí. Fuera de la torre, el mundo era el mismo de siempre.

A causa de lo ocurrido, su carácter cambió radicalmente. La pizca de miedo percibida en las personas se convirtió en miradas de reojo y pavor. Todo el mundo lo evitaba. Comenzaron a correr rumores estúpidos sobre que Gaela estaba con otro hombre, que había desaparecido o la había asesinado. Su tristeza se transformó en rabia, la rabia dio paso a un resentimiento hacia todo lo que lo rodeaba. Su corazón estaba agrietado y jamás volvería a ser igual. Ya no sentía consideración hacia nadie, ya nada lo hacía reír. Al fin se refugió en la torre para protegerse de los demás. Desde entonces transcurrieron tres años.

Jace solía contemplar el pueblo mientras pensaba en dónde estaría la cura para Gaela. Rendirse no era una opción, prefería morir

que dejar de luchar. Extrañaba sus conversaciones, las canciones que ella tarareaba cuando hacía los quehaceres del hogar, su apoyo incondicional, el calor de su cuerpo... Cada mañana, la cama congelada le recordaba lo duro del paso del tiempo.

Miró el cielo otra vez, recargado contra el marco de la ventana. Debía ir al bosque a cazar liebres para Gaela. El día anterior había utilizado dos embebidas en poción para dormir. Esa era la única manera de bañarla. Lo hacía al menos dos veces a la semana porque las consecuencias eran nefastas, comenzando por los aromas nauseabundos que subían desde las mazmorras.

Se abrigó. Luego tomó su cuchilla de caza, un saco grande de tela, cuerda para amarrar a los animales más grandes. Abandonar la torre suponía numerosos procedimientos de seguridad como ocultar la entrada a las mazmorras con un hechizo de ilusión, encantar la puerta principal para volverla inquebrantable. Los ladrones y fisgones sobraban en aquel pueblo, siempre atentos a cualquier movimiento.

Tardó medio día en llegar al bosque. Una vez allí, amarró las riendas del caballo a un árbol para que pudiera descansar y se internó en las profundidades. Por regla general en esa zona había buenas presas. Cazó varios conejos y los guardó en el saco de tela o los amarró con cuerdas. El lugar tenía algo inusual, pero Jace no sabía qué era. Comenzaba a atardecer, las aves apiñadas en las copas de los árboles emitían sonidos estridentes. Jace se inclinó para recoger un conejo más y cuando estaba a punto de meterlo al saco, el sonido de varias ramas que se partieron lo hizo voltear. Al parecer tenía compañía o competencia. Sus dedos rodearon automáticamente el mango de la cuchilla.

"Soy yo, tranquilo", una voz conocida surgió de entre unos arbustos antes que una silueta pequeña. Era Vecco, quien enseguida corrió a abrazarlo. Jace se dejó abrazar sin muchas ganas.

—Hacía tiempo que no te veía —continuó Vecco, emocionado. Incluso le ayudó a guardar conejos dentro del saco. Luego caminaron un poco mientras le enseñaba algunas madrigueras ocultas. Si alguien conocía bien el bosque, ese era Vecco.

—Estuve ocupado —respondió, desganado—. Mi perro ha estado comiendo conejos viejos y carne del mercado. —La misma mentira que le contaba a quien le preguntara para qué compraba tanta carne o cazaba tantos conejos. Observó a Vecco, tan libre de problemas... A veces le daba envidia.

Vecco era un sanguine salvaje, el único que conocía vivo. En las profundidades del bosque habitaba un grupo de sanguine que por diversas circunstancias habían abandonado a sus dueños. Eran seres longevos, guardianes secretos del bosque, tan reacios al contacto con humanos que solo se hablaba de ellos en leyendas. Excepto Vecco, él era diferente a los demás. Bajo su misteriosa fachada, ayudaba a viajeros perdidos o curaba animales heridos, espantaba vándalos, apagaba incendios. Era bastante simpático, aunque Jace jamás había logrado congeniar con él.

—Vaya, eso suena bien. Estar ocupado ayuda a que el tiempo pase rápido —dijo el sanguine mientras caminaba a su lado. Paró unos instantes a recoger una liebre que se había caído del saco y la volvió a guardar—. Yo también estuve ocupado. Mis hermanos ya no quieren que ande solo por aquí, pero me aburro mucho en casa. Dicen que es peligroso tener contacto con los humanos, que si llegaran a saber qué soy me harían daño. Pero a mí me parece estúpido, ¿quién atacaría a alguien que solo busca ayudar?

—Sí, tienes razón —murmuró Jace, aunque las palabras del sanguine abrieron una puerta en lo más oscuro de sus pensamientos.

Gaela ya no quería carne del mercado, conejos, ni otras pequeñas presas moribundas. Una criatura del tamaño de Vecco bastaría para mantenerla satisfecha por al menos un par de días. Era una

solución perfecta. Tal vez el factor psicológico influyera y Gaela quisiera cazar sus propias presas en la intimidad de la mazmorra. Si sus ánimos amainaban después de esa primera prueba, podría implementar una nueva modalidad. Jace imaginó las presas humanas que podría llevarle más tarde, tal vez podría probar con una o dos... Sacudió la cabeza, sus pensamientos estaban tomando senderos demasiado retorcidos. «A esas alturas ya debería estar en casa», pensó con el sudor corriéndole por la frente. Sus dedos rodearon de nuevo el mango de la cuchilla. En su mente, un dilema entre esperar un poco más y seguir dándoles la oportunidad a los conejos como hacía tres años o atacar a Vecco, hizo que su respiración comenzara a acelerarse. Jace ni siquiera escuchaba el parloteo de la criatura. Si fallaba y Vecco escapaba, podía darse por muerto. Esperó un poco más, tal vez aún hubiera tiempo de salvar al sanguine. De hecho, estuvo a punto de desistir cuando la idea volvió a punzarle el cerebro: ¿Acaso Gaela no estiraba sus manos hacia él cada vez que lo veía, incluso luego de comer? Ella era un predador, buscaba la figura humana. Jace enjugó su frente sudorosa, sin quitarle los ojos de encima al sanguine. A fin de cuentas, todo esto era por ella, ¿no?

En cuanto Vecco le dio la espalda, Jace soltó el saco y lo rodeó con el brazo libre. Era tan pequeño que logró tomarlo con facilidad por la mandíbula. La cuchilla se hundió en el lado izquierdo de su cuello como si fuera mantequilla. Todos los sonidos se extinguieron, excepto el de la sangre latir en sus propios oídos. Dejó caer a Vecco y volvió a enjugarse la frente, pero esta vez sus manos estaban empapadas de un líquido entre rojo y púrpura, la sangre de los sanguine. El cuerpo le temblaba. Los interrogantes comenzaron a surgir a raudales. Jace se preguntó cómo atravesaría el pueblo con un cuerpo a cuestas o qué haría si había represalias por parte de los otros sanguine. Vomitó sobre el suelo de hojas secas, la tierra absorbió rápidamente todos los líquidos: el rocío, su propio vómito, la sangre de Vecco. Pronto no habría rastros de lo ocurrido.

Al ver a la criatura agonizar, se acercó a rematarla con dos puñaladas en el corazón. Tras inspeccionar los alrededores para asegurarse de que estaba solo, vació el saco de los conejos e introdujo el cuerpo lo mejor que pudo.

Decidió ampararse en la oscuridad de la noche. Sortear el pueblo le tomó más tiempo de lo esperado, pero con un cuerpo a cuestas no podía arriesgarse. Cuando llegó a casa, Jace desmontó y soltó las cuerdas que amarraban el cadáver tan rápido que asustó al caballo. El animal corrió lejos, pero no fue a buscarlo. Deshizo el hechizo de la puerta y entró a trompicones. El saco era cada vez más pesado. Junto a un cadáver la calma del lugar resultaba inquietante. Jace pasó sus manos por sus cabellos a la par que observaba el bulto ensangrentado, preguntándose si había hecho lo correcto. Si el sacrificio resultaba en vano, debería cazar conejos en otro lado durante una temporada.

El camino a las mazmorras supuso nuevas dificultades. A veces tropezaba y el peso del cuerpo lo arrastraba varios escalones abajo. Debido al esfuerzo, el sudor le corrió por la frente y pronto la capa de abrigo comenzó a estorbarle. Desde allí escuchó el sonido de cadenas entrechocar, la respuesta de siempre al eco de sus pasos.

Gaela permanecía alerta, muy activa. En cuanto lo vio, avanzó hacia él. Los grilletes estaban bien sujetos y la tensión ejercida por las cadenas le hizo perder estabilidad. Al depositar el cadáver frente a la puerta de la celda, Jace captó el momento exacto en el que los pocos vestigios de su cordura se deslizaron fuera de su mente. Los sonidos guturales eran horribles. Si esa noche lograba conciliar el sueño, tendría pesadillas. Rasgó el saco para descubrir el contenido. El cuerpo de Vecco ya estaba rígido. Observó los coágulos negruzcos alrededor de sus heridas. Los sanguine tenían capacidad de regeneración rápida, había tenido muchísima suerte con aquel. Jace abrió la puerta de la celda y arrastró el cadáver adentro procurando que ella lo alcanzara antes que a sus manos. En un principio

Gaela detuvo el escándalo para mirar la novedad. Era una imagen extraña, incluso parecía un poco más humana. Luego cualquier pensamiento positivo sobre ella desapareció. Gaela atacó a su presa con tanta ferocidad que él se hizo a un lado para volver a vomitar. Era bestial. La manera en la que comía le recordaba a una jauría de animales salvajes. Tragaba todo lo que podía sin siquiera detenerse a masticar. Lo peor era el sonido de los huesos romperse entre sus mandíbulas, la mismísima música del inframundo.

Jace sintió lágrimas correr por sus mejillas y cerró sus ojos. Tal vez ya no hubiera solución para semejante problema. Suspiró, luego volteó a echarle una última mirada y se quedó de piedra. Las venas oscuras del rostro de Gaela estaban desapareciendo. Al creer que era producto de su imaginación, dio unos pasos adelante. Ella estaba tan entretenida con la comida que ni siquiera reparó en su presencia. Efectivamente, su rostro estaba cambiando, ¡los síntomas se esfumaban! Miró sus ojos, el tono dorado comenzó a apagarse bajo los efectos de algo desconocido. Era el milagro que durante tanto tiempo había esperado.

Las náuseas volvieron a inundar su boca cuando ella abrió la cavidad torácica, arrancó el corazón y empezó a comérselo. Cuando ya no soportó el hedor del cadáver, Jace salió y cerró la puerta de la celda. Tras retroceder unos pasos, su cuerpo alcanzó la pared contraria y se deslizó despacio hacia el suelo. Miró a Gaela incrédulo hasta que sus párpados comenzaron a pesar y sin siquiera darse cuenta, se sumió en un sueño tranquilo, libre de personajes infernales.

Al cabo de mucho tiempo, despertó bajo el sonido constante de cadenas contra los barrotes. Un gruñido lo hizo apartarse antes de comprender qué ocurría. Al ver la puerta cerrada de la celda, suspiró aliviado. Un grillete estaba desprendido de la pared. A espaldas de Gaela, el cuerpo de Vecco había sido reducido a un esqueleto. La enfermedad de su amada ahora era más fuerte.